

Reivindicación del papel del traductor en los textos científico-técnicos de agronomía y viticultura*

Helena DAZA CARMONA

Universidad de Córdoba

l02dakah@uco.es

<https://orcid.org/0009-0004-1516-0186>

La visibilidad del traductor
en los tratados de agricultura,
agronomía, viticultura
y vinificación (1773-1900)



Manuela Álvarez Jurado

EDITORIAL COMARES



Interlingua

La autora del volumen que aquí reseñamos, Manuela Álvarez Jurado, catedrática de Traducción e Interpretación de la Universidad de Córdoba y directora del grupo de investigación HUM-1108 TRADIES, destaca por sus notables contribuciones al estudio de la traducción del discurso especializado. Álvarez Jurado aborda en esta obra el controvertido tema de la presencia del traductor en el texto a través de las instancias paratextuales y profundiza en la figura del traductor de textos científico-técnicos durante los siglos XVIII y XIX, clave para la creación de nexos que permitieron el intercambio de conocimiento entre Francia y España. Para ello, tal y como anuncia en el prólogo, analiza detenidamente los mecanismos a los que recurrían los traductores para reivindicar su autoría en los tratados de agricultura, agronomía, viticultura y vinificación, debido a la abundancia de prólogos, notas al pie de página o información en las portadas de las obras.

La obra se estructura en dos bloques. El primero, además de contar con un prólogo de Brigitte Lépinette, una pequeña introducción y la conclusión, consta de tres capítulos en los que la autora desarrolla su estudio sobre los traductores y la ciencia de

* Reseña del libro de Manuela Álvarez Jurado, *La visibilidad del traductor en los tratados de agricultura, agronomía, viticultura y vinificación (1773-1900)* (Granada, Editorial Comares, colección Interlingua, 2022, 127 p. ISBN: 978-84-9045-948-5).

manera clara y concisa. Y el segundo bloque lo constituye un corpus conformado por veintitrés paratextos extraídos de diversas obras datadas entre los siglos XVIII y XIX y vinculadas al ámbito científico-técnico.

Ya en el prólogo se pone de manifiesto la importancia de la figura del traductor por su relevancia literaria, cultural, social y científica, y cuya labor de adaptación de textos foráneos permite el acceso al conocimiento de otras culturas y acabar así con las barreras lingüísticas. Por otro lado, la prologuista incide en una de las cuestiones clave a lo largo de toda la obra: los mecanismos de los que se valieron los traductores científicos y técnicos para hacerse visibles en el texto. La aportación de Álvarez Jurado nutre así tanto el campo de la traducción científico-técnica como el de la Historia de la traducción en general. Lépinette cierra el prólogo enumerando los temas en los que profundiza la autora, entre los que se encuentran la relación que establece el traductor con el lector, la cuestión de la visibilidad de los traductores y los métodos a los que estos recurren para asegurarse su aparición en la obra.

En la introducción, la autora se interesa por las conexiones culturales que existieron entre España y el resto de los países europeos a finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX. Cabe destacar que España no tuvo una producción cultural destacable, pero siempre mostró un gran interés por conocer los avances científicos y técnicos que se estaban produciendo en el extranjero y propiciar intercambios culturales con los demás países. En este tránsito de conocimientos fue clave el traductor decimonónico, al que se ha considerado un verdadero mediador cultural.

El primer capítulo comienza con un acercamiento a la Historia de la traducción científica y técnica del que Álvarez Jurado se sirve para subrayar la poca atención que se le ha prestado en comparación con los estudios de Historia de la traducción literaria y humanística. La presencia de textos científicos y técnicos traducidos en bibliografías o repertorios ha sido tradicionalmente mínima, pese al empeño que pusieron los traductores del siglo XVIII y decimonónicos para evitar que el paso del tiempo los invisibilizara. El deseo de burlar el olvido al que se hallaban expuestos conllevó la edición de obras en las que se reunieron algunas de esas traducciones. Además, cuando se constató que la difusión del conocimiento científico había sido posible, especialmente durante los siglos XVIII y XIX, gracias a la traducción, los investigadores impulsaron estas recopilaciones, así como el estudio en profundidad de las traducciones científicas y técnicas que se habían llevado a cabo en el pasado. De este modo, se constituyó poco a poco la disciplina de la Historia de la traducción científica y técnica en la que cada vez más investigadores centran sus trabajos.

Por otro lado, también se pone de manifiesto en la presente obra la naturaleza creativa de los traductores dieciochescos fundamentalmente, quienes modificaban el texto original para adaptarlo a la cultura, a las costumbres o a la idiosincrasia española añadiendo a la obra traducida apéndices, suprimiendo capítulos o agregando fragmentos de obras de otros autores. Para finalizar, la autora se refiere a varios grupos de

investigación actuales de diferentes universidades que han centrado su investigación en el estudio tanto de la traducción como de la lexicografía o la terminología de tratados y manuales científicos y técnicos que se tradujeron en el pasado. Algunos de los grupos son Histradcyt, Neolcyt e Hystal.

El segundo capítulo se inicia con una breve contextualización de la España decimonónica. El país estaba viviendo un periodo de inestabilidad que era incompatible con el ritmo de otros países europeos, en los que se estaban desarrollando grandes avances científicos, y, además, estaba inmerso en plena Guerra de Independencia, lo que llevó a España al aislamiento y dificultó la entrada de las últimas publicaciones científicas europeas. Estas circunstancias afectaron también a los científicos españoles, que vieron truncados en gran medida su trabajo y su prolificidad.

A continuación, la autora establece una división del capítulo en dos apartados («Agronomía y agricultura» y «Viticultura y enología») y comenta sus respectivas evoluciones. La revolución agrícola comenzó en el siglo XVIII y se extendió hasta principios del siglo XIX. Tuvo lugar en Inglaterra, Francia y España en tres etapas: la primera etapa la ocupa la difusión de nuevas técnicas agrícolas mediante la publicación de una serie de tratados, la segunda etapa está relacionada con la desamortización del terreno y en la tercera ya están presentes las nuevas máquinas agrícolas. En España, la primera etapa se produjo al mismo tiempo que en el resto de los países europeos, pero las otras dos etapas no coincidieron debido a los conflictos bélicos que estaban teniendo lugar. La institucionalización de la agronomía en España tuvo lugar a lo largo del siglo XIX gracias a la inclusión de las enseñanzas agrícolas en los estudios, la aparición de centros de enseñanza profesionales y la dedicación para que se adoptara una visión científica y profesional de la agricultura.

En lo que respecta a la viticultura y la enología, la actividad agraria y la vinificación han estado tradicionalmente muy relacionadas ya que, en un principio, eran los propios viticultores los encargados de transformar la uva en vino. Fue en el siglo XVIII cuando comenzó la separación del cultivo de la viña y la elaboración del vino, que pasó a considerarse un arte y a la que se dedicó gran número de publicaciones, especialmente a partir de 1750. La separación definitiva de la vinificación y la actividad agrícola tuvo lugar mucho más tarde, dando lugar al surgimiento de la enología como ciencia.

En el tercer capítulo, estructurado en tres apartados, la figura del traductor cobra especial relevancia. En el primer punto, «La “creatividad” del traductor decimonónico», Álvarez Jurado ahonda en aspectos como el papel del traductor en la expansión del conocimiento científico, la diferencia entre los traductores de los siglos XVIII y XIX y su aparición en prólogos, notas al pie, portadas de las obras, etc. A finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX hubo en España una importante demanda de contenido científico y técnico por parte de especialistas e individuos bien formados, por lo que el número de traducciones creció exponencialmente. Por otra parte, tal y como se ha indicado anteriormente, la figura del traductor experimentó algunos cambios del siglo

XVIII al siglo XIX. Así, mientras que el traductor dieciochesco se caracterizaba por la apropiación y modificación sustancial de la obra, el traductor decimonónico es más respetuoso con la estructura y el contenido del texto original, y, para hacerse notar, recurre a los paratextos. Numerosos han sido los investigadores que han señalado la importancia del estudio del paratexto; concretamente George L. Bastin (2010) señala la relevancia que tiene este para el historiador de la traducción y para los especialistas en la génesis de los textos y de las traducciones.

En el segundo apartado, «Las instancias paratextuales: el prólogo», se destaca la importancia que tuvieron los paratextos y, en concreto, los prólogos para los traductores de la época, ya que constituyeron el medio idóneo para explicar los cambios introducidos en la traducción, reflexionar sobre la obra y dejar constancia de su autoría. La intervención del traductor en esas instancias paratextuales, de las que se servía para incluir explicaciones sobre la finalidad de la traducción y reflexiones sobre la misma, era bastante habitual en la época. De hecho, los traductores dieciochescos y decimonónicos las consideraban un aliado para dejar constancia de su autoría.

En el tercer y último punto, «Las instancias paratextuales: las notas del traductor», se comenta la utilidad y la función de las notas del traductor y se presentan las tipologías establecidas por autores como M.^a Luisa Donaire (1991), Peña y Hernández (1994), Newmark (1995), Pinilla Martínez (2009) o Toledano Buendía (2010). Cabe destacar que la mayoría de las notas del traductor que aparecen en el corpus seleccionado por Álvarez Jurado se ubican a pie de página, aunque también era una práctica habitual de los traductores reunir varias notas y presentarlas juntas al final de la obra o de una parte de la misma. Es en las notas donde el traductor emerge y reclama su visibilidad por medio de comentarios de diversa índole.

Finalmente, en la conclusión la autora vuelve a poner de relieve el papel clave que tuvieron las notas y los prólogos en la visibilidad de los traductores de obras vinculadas a la agricultura, la agronomía, la viticultura y la vinificación, y cierra su estudio con una recopilación de prólogos, avisos y notas del traductor que se extienden entre 1773 y 1900.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BASTIN, George L. (2010): «Traduction et histoire, Les indispensables paratextes», in Juan Carlos de Miguel y Canuto, Carlos Hernández & Julia Pinilla Martínez [ed.], *Enfoques de teoría, traducción y didáctica de la lengua francesa. Estudios dedicados a la profesora Brigitte Lépinette*. Valencia, Universitat de València, 47-59.
- DONAIRE, M.^a Luisa (1991): «Opacidad lingüística. Idiosincrasia cultural», in María Luisa Donaire & Francisco Lafarga (ed.), *Traducción y adaptación cultural: España-Francia*. Oviedo, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, 79-92.

- NEWMARK, Peter (1995): *Manual de traducción*. Traducción de Virgilio Moya. Madrid, Cátedra (Lingüística).
- PEÑA, Salvador & María José HERNÁNDEZ (1994): *Traductología*. Málaga, Editorial Universidad de Málaga.
- PINILLA MARTÍNEZ, Julia y Brigitte LÉPINETTE (2009): «La aportación propia del traductor al texto científico-técnico traducido al español de H.L. Duhamel du Monceau (1700-1782)». *Cuadernos del Instituto de Historia de la Lengua*, 3, 109-126.
- TOLEDANO BUENDÍA, Carmen (2010): «¿Qué hay tras las “notas del traductor”?». *Lengua, traducción, recepción: en honor de Julio César Santoyo*, 1, 637-662.